

Narrando el diario de campo: retos y limitaciones del fluir metodológico para las migraciones en tiempos pandémicos

Narrating the field diary: challenges and limitations of the methodological track for migrations in pandemic times

Recibido: 7/9/2021 Aprobado: 6/10/2021

Carolina Santos Souto de Andrade

El Colegio de la Frontera Norte (El COLEF)
ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-7011-1035>
DOI: <https://doi.org/10.29166/csociales.vli43.3318>

Resumen

La llegada de la pandemia por el covid-19 y sus distintas medidas de contingencia sanitaria generaron impactos y respuestas muy diferenciadas en el mundo. Acentuaron las desigualdades, expusieron a los grandes privilegiados de la geopolítica global y, en el caso latinoamericano, la fragilidad de las instituciones públicas frente al avance de la enfermedad. En medio a ese escenario desastroso, la ciencia pública a duras penas avanzaba, diversos investigadores de todas las áreas del conocimiento, como en mi caso, seguimos intentando pensar estrategias y alternativas para las investigaciones en tiempos pandémicos. Bajo distintos niveles de riesgo, recursos y posibilidades que seguramente nos hicieron más precarios en estos tiempos, la imaginación creativa y los dispositivos tecnológicos ganaron aún más protagonismo en el hacer investigación. Y la pandemia ha sido sin duda un evento histórico de estas generaciones. El covid-19 ha modificado, interrumpido y transformado el quehacer investigativo a partir del año 2020. Ha impactado mi trabajo doctoral relacionado con una investigación sobre migrantes venezolanos. Estas transformaciones y el camino hacia ellas es lo que busco reflejar en el presente artículo.

Palabras claves: Precariedad, inmigración, narrativa y metodología.

Abstract

The arrival of the pandemic by covid-19 and the different health contingency measures had generated very different impacts and responses in the world. They accentuated inequalities, exposed the great privileged of global geopolitics and in the Latin American case exposed the fragility of public institutions in the face of the advance of the disease. In the midst of this disastrous scenario, public science was barely advancing. Affecting several researchers from all areas of knowledge, as myself, we continue to try to think strategies and alternatives for research in pandemic times. Under different levels of risk, resources and possibilities that surely made us more precarious in these times, creative imagination and technological devices gained even more prominence in doing research. Undoubtedly, the pandemic has been a historical event for these generations. The covid-19 has modified, interrupted and transformed doing research from the year 2020. It has affected my Ph. D. research with the Venezuelan migrants. In this article, I seek to reflect some of these transformations.

Key words: Precariousness, immigration, narrative, methodology.

Introducción

El presente escrito por momentos no remitirá a la estructura tradicional de los artículos académicos, ya que el escenario actual no es común y, por tanto, generar respuestas, métodos y trabajos que escapen de lo tradicional es la única manera de viabilizar la investigación científica, sobre todo en materia migratoria en los tiempos que nos ha tocado vivir, pensar y escribir. Así, este será un relato, a veces etnográfico y a veces narrativo, una especie de exposición textual de un diario de campo, que fue completamente modificado ante las medidas de contingencia sanitaria en la ciudad de Bogotá, entre marzo y junio del 2021, pero siempre atravesado por las ideas de precariedad e inmigración. La fuente primaria de información para este artículo es el diario de campo de mi investigación doctoral, realizada en el programa de estudios de migración del Colegio de la Frontera Norte en Tijuana.

Buscaba al inicio de la investigación formas de empleo y subempleo que pusieran en confrontación la precariedad de la situación de los inmigrantes venezolanos en las capitales sudamericanas de Bogotá y Lima. El estudio se enfocaba en labores que exponían una configuración de la informalidad en estos territorios y una cierta disputa con la mano de obra local, que expusiera los matices de la situación de precariedad e informalidad laboral. En un primer momento, aún sin la pandemia por el covid-19 y todavía ubicada en la ciudad de Tijuana-México, el comercio ambulante y las estrategias para ocupar las calles eran el centro de la reflexión de mi propuesta de investigación. Las disputas en el comercio ambulante, y sobre todo las negociaciones con las autoridades (oficiales o no) gestoras del espacio público, parecían revelar, en un primer momento, una forma interesante para observar la precariedad en la inserción laboral de estas poblaciones migrantes.

Todo el proyecto inicial se ha modificado ante las medidas de contingencia sanitaria, que, además de retrasar el trabajo de campo, han implicado la transformación completa de la investigación, culminando en el estudio de los inmigrantes venezolanos insertados como repartidores en la *app economy*. Y en el dibujo de un nuevo diseño metodológico que fuera realizable para la investigación de campo en medio de la pandemia del covid-19.

Así, el presente trabajo inicia recuperando las ideas centrales acerca de la precariedad que han orientado todo el trabajo de investigación y sus transformaciones ante la llegada del nuevo coronavirus. Enseguida, hay un apartado acerca de la narrativa como método y mediación, su relevancia en la transformación del proyecto de investigación y su viabilidad ante las medidas de contingencia sanitaria. Por último, la narrativa que ha construido el diario de campo, eventos centrales en medio al contexto de la investigación, sus limitaciones y alternativas ante la pandemia del covid-19.

La hipótesis tentativa para la inserción en el trabajo de campo se construye a partir de una reflexión sobre dos factores pandémicos en la precariedad laboral y de la vida. Por un lado, la llegada de las medidas de contingencia sanitaria ha ampliado los ingresos de los repartidores, reubicando su labor como una actividad esencial, permitiendo que restaurantes y otros negocios siguieran en funcionamiento. Además, se ha generado una mayor expectativa con relación a la remuneración económica de una ocupación marcada por permitir al trabajador ser su propio jefe y establecer su propia jornada.

El segundo factor relaciona la pandemia a una profundización de la vulnerabilidad y precariedad en la población migrante de Venezuela. Si, por un lado, la crisis humanitaria venezolana y el cierre fronterizo con Colom-

bia son anteriores a la pandemia, la inmovilidad se ha convertido en la regla ahora por razones de salud pública y contención de los contagios por covid-19. Como consecuencia, los flujos migratorios permanecieron más riesgosos y costosos, y la migración en el periodo ocurrió sin acceso a la documentación migratoria regular. Lo que impacta directamente en las condiciones laborales de las poblaciones migrantes en las ciudades receptoras, toda vez que no pueden acceder por sí mismos a perfiles que lleven sus nombres en las plataformas de *delivery*. La situación de irregularidad entre aquellas personas que emigraron en el periodo pandémico permaneció sin respuesta hasta la promesa de registro de la población venezolana, inicialmente con fecha para mayo del 2021, y postergada hasta el mes de junio.

La pregunta que ha orientado el artículo se enfoca en cuáles eran las evidencias de la precariedad de la vida que emergían durante la investigación de campo en el contexto de la pandemia y cómo éstas implicaban barreras o dificultades al quehacer investigativo. Otras reflexiones surgieron en medio al trabajo de campo, relacionadas con los objetivos de comprender distintas experiencias de precariedad diversificada entre los inmigrantes venezolanos; el impacto de las medidas de contingencia sanitaria por el covid-19 en el proceso de la investigación cualitativa en la ciudad de Bogotá y el proponer un método que me permitiera entender las transformaciones en el cotidiano urbano y social con la llegada de la pandemia. Esto resulta en la propuesta de la narrativa.

Sobre la precariedad

La noción de precariedad que ha orientado el desarrollo de este trabajo de campo toma como punto de partida dos dimensiones de tal noción. Estas dimensiones pueden ser definidas como objetivas, ya que corresponden directamente a las condiciones laborales y subjetivas,

porque pueden ser observadas con las condiciones políticas de la existencia humana. En los términos de Butler (2009) una vida precaria; relacionada al sentirse precario (Piñeiro, 2011). Parte de esta expresión subjetiva en la precariedad laboral es resultado de una erosión del trabajo como fomentador de una ciudadanía social (Mora Salas, 2012). Pero la dimensión subjetiva de la precariedad comporta un nuevo campo social, de donde emergen nuevas identidades y demandas colectivas.

El sentirse precario y estar en la precariedad son matices de la precariedad subjetiva, según Piñeiro (2011), resguardan una contradicción, a la vez que su propuesta se centra en los niveles de satisfacción. Los trabajadores rurales en Uruguay expresan que se sienten satisfechos, pero que laboran en condiciones objetivamente precarias o, lo opuesto, trabajadores que no están satisfechos, pero que no laboran en condiciones precarias. Mi alternativa fue interpretar las expectativas alrededor de la labor como repartidor de *app*, observando que pocas veces la referida contradicción caracteriza a las y los inmigrantes insertados en la *app economy*. En este caso, vale considerar lo que Lipovestksy (2015) nombra como ingeniería del encantamiento en el capitalismo hipermoderno. Bajo discursos como: «sé tu propio jefe y trabaja de acuerdo al horario que quieres», se ocultan las responsabilidades laborales que quedan por cuenta del trabajador y jornadas que pueden ser perdidas ante la inexistencia de pedidos. Esto ocurre en un contexto en que las agendas neoliberales en Latinoamérica ya avanzaron en muchos países hacia una desprotección legal de los trabajadores (Mora Salas, 2012) y vinculadas a una mano de obra que ha emigrado en un contexto de crisis humanitaria en Venezuela, hacia países de la región que no se caracterizaban como Estados receptores de inmigrantes en su historia actual.

Vale recordar que esta historia reciente en Colombia ha sido marcada por la migración forzada y los desplazamientos, resultado de los años de conflicto armado que lleva el país. Y que, hasta la crisis humanitaria venezolana, se observa un intenso flujo migratorio en su frontera y, sobre todo, de colombianos hacia Venezuela. La precariedad, como lo propone Butler (2009), se relaciona directamente a las condiciones y posibilidades de la vida; la exposición al riesgo, a la violencia y a la muerte, configuran altos niveles de marginación y desprotección, «una condición política inducida de vulnerabilidad maximizada» (Butler, 2009, p. 323).

Por eso, al mencionar la precariedad podemos estar hablando de poblaciones hambrientas o cercanas a una situación de hambruna, pero también podemos estar hablando de personas dedicadas al trabajo sexual y que tienen que defenderse tanto de la violencia callejera como del acoso policial. (Butler, 2009, p. 323)

Esta caracterización sobre la precariedad y las vidas precarizadas se asocia directamente a la idea de vulnerabilidad, como en el caso del trabajo sexual, las labores que ocupan las calles, son labores vinculadas a una exposición a la violencia diversificada (por parte de autoridades estatales y no estatales) y al rechazo urbano basado en discursos de higienización del espacio, racismo, xenofobia, violencia LGBTIQ+fóbicas y misoginia.

La noción de vida precaria da cuenta de las vidas que no son reconocibles. Butler (2009) afirma que la precariedad de la vida es la rúbrica que caracteriza a las mujeres, los *queers*, los transexuales y travestis, los pobres, las personas negras, los indígenas y las personas sin Estado. Las personas migrantes en contextos de pobreza y hambruna configuran así experiencias vividas que comparten matices de la precariedad de la vida. Noción que busca abarcar la transformación y diversificación de las formas de violencia

sobre la existencia humana, reflejando como cuestiones políticas la dependencia socioeconómica, las carencias múltiples, la demanda por refugio, la vulnerabilidad, la indignancia y la destrucción de los vínculos de confianza social (Butler, 2011). Los elementos que marcaron el flujo migratorio venezolano a partir del año 2015, han reconfigurado la dinámica migratoria en la región sudamericana (Gandini *at al.*, 2019).

Pero tanto la noción de vida precaria (Butler, 2009) como la de la precariedad laboral subjetiva (Piñeiro, 2011), expresan una dimensión central de la experiencia vivida en la precariedad, la conformación de un campo social en el que emergen nuevas identidades y actores colectivos (De la Garza, 2016), nuevas performatividades que implican perturbaciones en el campo del poder y nuevas demandas por reconocimiento (Butler, 2009).

Es difícil ponderar los cambios inaugurados con la contingencia sanitaria, su duración y el verdadero impacto, no solo en el mundo económico, sino también en las relaciones interpersonales, a la vez que la pandemia no ha terminado y nuevas mutaciones del coronavirus amenazan la eficacia de las vacunas, del control sobre el contagio y sus muertes. Todavía no se pueden diferenciar con nitidez los problemas que emergieron como resultado de la crisis pandémica, de los problemas asociados a las crisis del sistema capitalista, racista y colonial. Pero como expone Butler (2020), la pandemia por el covid-19 ha exacerbado la necesidad de justicia social y expuesto la inequidad como una forma de violencia. La desigualdad, la precariedad y la vulnerabilidad se profundizaron de manera simultánea, con un endurecimiento en las políticas migratorias, un mayor control fronterizo, caracterizado por la contención de los contagios y medidas de inmovilidad humana en las áreas urbanas.

Las reconfiguraciones de la precariedad laboral

Seguramente, por mucho tiempo el trabajo en la calle, como lo es el comercio ambulante, fue una de las diversas formas de trabajo precario presente en las grandes ciudades de América Latina. Desde los años 80 la expansión de las TIC (tecnologías de la información y comunicación) han diversificado las formas de empleo y subempleo de manera global, y a partir de los 2000 han ganado relevancia central en el mundo del trabajo. De forma global, asistimos a estos cambios con entusiasmo ante la posibilidad de que el *homework* flexibilizaría y/o disminuiría las jornadas laborales, culminando en trabajos menos desgastantes y con más tiempo libre para los trabajadores y trabajadoras del mundo. Algunas discusiones en el campo de la sociología del trabajo abordaban el fin del trabajo. La realidad fue a la inversa y el avance de las TIC en el mundo del trabajo ha resultado en más precariedad para la gran mayoría de los trabajadores, la flexibilización y tercerización han transformado el trabajo presentándose así la era del trabajo sin fin (Antunes, 2018). En medio de tal escenario emergió la *app economy*, expandiendo el discurso de que era posible hacer todo desde los dispositivos *smartphones*, ampliando el repertorio del emprendedurismo y del empleo precario, y reconfigurando el imaginario sobre el ser moderno y las formas de consumir la modernidad.

La flexibilización de los empleos de la *app economy* fue observada a partir del desmonte de los derechos laborales, de la descharacterización de los vínculos entre empleadores y empleados y sus responsabilidades legales, la conformación de jornadas ‘sin fin’ y de la sobrecarga para los trabajadores. Los avances para el trabajo y empleo dignos son el camino opuesto al que se observa en la expansión de la *app economy*, marcando el fin de los derechos laborales logrados por los movimien-

tos sindicalistas de décadas anteriores. La *app economy* hizo crecer una clase de trabajadores que, según los términos del sociólogo brasileño Ricardo Antunes (2018), es conocida como el precariado digital, caracterizado por el lema «sea su propio jefe». En tal contexto, surgió la ocupación que pasaría a ser central para la manutención del comercio con la llegada de la pandemia por el covid-19, los repartidores de *apps* o ‘rappitenderos’, como quedaron popularmente conocidos.

El servicio de reparto por parte de restaurantes, supermercados, tiendas y farmacias, entre otros, ha cambiado a partir de la *app economy*. Lo que anteriormente eran funcionarios contratados directamente por tales negocios pasan a ser servicios ofrecidos por plataformas digitales, que conectan negocios (físicos y en línea) con un repartidor disponible al momento de realizar una compra, la cual es realizada por medio de aplicaciones en el celular. Esta distribución efectuada de manera tercerizada pasó a ser algo común en el escenario global y prácticamente la regla en las grandes ciudades de América Latina. Entre las ocupaciones que fueron transformadas por la *app economy* también se encuentra una nueva clase de empresarios y de nuevas nomenclaturas para su ‘éxito’. Los unicornios empresariales, término utilizado en la industria del capital de riesgo, fueron la novedad para nombrar a algunas empresas de la *app economy* que obtienen capital estimado en 1000 millones de dólares sin estar en la bolsa de valores (Fiquitiva, 2019). La empresa colombiana Rappi, una de las más conocidas en la región, es una empresa unicornio y, además del capital acumulado, reúne una serie de denuncias sobre las condiciones laborales de sus repartidores o, en los términos de la empresa, de sus colaboradores y usuarios.

En Bogotá, las medidas ante la pandemia del covid-19 empezaron de manera muy estricta el 20 de marzo del 2020 y fueron

siendo flexibilizadas con el pasar de los meses. Tales medidas implicaron toque de queda, cierre del comercio presencial no esencial, ley seca, pico y cédula, obligatoriedad del uso de cubrebocas, reducción de las líneas de transporte público y de su capacidad de atención, cierre temporal de sus fronteras terrestres y aéreas, entre otras. La fiscalización por parte de la Policía nacional en las calles se mantuvo, sobre todo durante los primeros meses de la pandemia, pero fue una constante mientras duraron las medidas.

El cierre de las fronteras aéreas, con la imposibilidad de salir de Tijuana, fue el primer impacto directo sobre el cronograma de la investigación doctoral, cuyos avances son presentados en este artículo. El día 21 de septiembre de 2020, la frontera aérea de Colombia fue abierta; llegué a Bogotá en diciembre del mismo año.

La apertura de la frontera aérea no implicaba el fin de las otras medidas en la ciudad de Bogotá, las restricciones en el comercio seguían y se ponían más rígidas durante los fines de semana. Observaba, ante la desactivación del comercio presencial y callejero, el aumento de las agrupaciones de repartidores por diversas zonas de la ciudad, esperando con los celulares en la mano las notificaciones de pedidos. Casi todas las personas a las que me acerqué eran en su mayoría hombres jóvenes, con acento venezolano. Pasaban horas en los mismos lugares, ubicados siempre por la misma zona, salían por algunos minutos y volvían a esperar en sus grupos. En mi primer punto de observación no participante, la calle 53, en los alrededores del centro comercial Galerías, era posible mapear 5 grupos, donde ellos permanecían durante todo el día y contaban con menos personas al caer la noche.

Me encontraba allí con una creciente mano de obra de inmigrantes venezolanos que, ante la pandemia del covid-19 y sus consecuencias, encontraron empleo en la *app*

economy, expuestos a los riesgos del trabajo en la calle y al contagio del nuevo coronavirus. Al mismo tiempo, estos repartidores eran los pocos con «permiso» para estar en el espacio público, mientras el resto de la población seguía quedándose en casa, como medida de prevención y contención del virus. Sin embargo, tal «permiso» no eximía a los repartidores e inmigrantes de los abordajes policiales, robos y otros riesgos.

La precariedad laboral entre los repartidores involucraba pensar en las condiciones migratorias en las que están los inmigrantes venezolanos a partir de la crisis humanitaria (Gandini *et al.*, 2019) en el país y ahora con las medidas de restricción a nivel mundial ante el surgimiento del covid-19, sus implicaciones en las fronteras y capacidades de atención en Sudamérica. Esto resulta en dos condiciones de inmediato relacionadas a la migración: migrantes regularizados o no, que llegaron antes de la pandemia y que debido a la retracción económica por cuenta de las medidas de contingencia quedaron sin trabajo y encontraron en la *app economy* la posibilidad de tener ingresos. Y un segundo grupo de inmigrantes que llegaron posimplementación de las medidas de contingencia sanitaria en un contexto de cierre de fronteras más riguroso que, por tanto, no contaban con estatus migratorio regular y sin documentación para entrar a la *app economy* a partir del alquiler de cuentas de otros repartidores.

Mientras que la vulnerabilidad ha ganado otras dimensiones a partir de la pandemia, Butler (2020) reflexiona sobre la idea de vulnerabilidad prepandemia, asociada a la potencialidad de ser herido y sufrir violencia o la condición de pobreza. La pandemia del covid-19 involucra la vulnerabilidad con características intrínsecas a nuestra vida social encarnada, la interdependencia; su transmisividad se da por medios compartidos. Compartimos el mismo aire y vivimos arriba de las mismas

superficies, todos los lugares (con excepción de la casa), pasaron a representar lugares de posible contagio. Tocar a las personas y las cosas se ha configurado como la razón misma de nuestra vulnerabilidad frente al virus.

Detengámonos por un momento en el léxico que maneja la gran mayoría de plataformas de *delivery* como Rappi, Ifood, Glovo, Domicilios.com. Fue a partir de esta reflexión que me acerqué a la narrativa como alternativa para construir un nuevo proyecto de investigación. Los repartidores son nombrados por las empresas como colaboradores, socio repartidores, usuarios, pero jamás son nombrados como trabajadores o empleados. Nuevos nombres que en realidad sirven para nublar una relación laboral entre empleadores (millonarios) y empleados en condiciones bastante precarias. Asimismo, aleja a los repartidores de vínculos laborales legislados, la dinámica entre usuarios o colaboradores al final no encaja con las responsabilidades del campo de los derechos laborales entre empleadores y empleados, así exime a las empresas de garantías mínimas para el desarrollo de la actividad laboral. Lo que termina bajando los costos y responsabilidades de las y los repartidores, inmigrantes venezolanos bajo distintos estatus migratorios y que han emigrado en el contexto de una crisis humanitaria.

Sobre las formas de narrar la experiencia vivida

Me acerqué a la narrativa, ya inmersa en el trabajo de campo, replanteando las formas y métodos de acercarme a los sujetos de mi investigación y su realidad migratoria, que era al final muy distante de la mía en términos laborales, pero que a veces se encontraban en medio de distintos trayectos y experiencias migratorias. Sin tomar a la narrativa como instrumento para rediseñar la metodología, sino como postura ética para el desarrollo de

la investigación. En medio a la pandemia no hubiera sido viable seguir investigando solamente a partir de la distancia de datos ya conocidos, sobre un tiempo no tan pasado, pero que ya en nada se acercaba a la nueva normalidad. La crisis pandémica ha demandado creatividad para recuperar las estrategias de otros tiempos de crisis.

La idea de Ricoeur (2006) sobre la narrativa presentada como una mediación más que como un instrumento del lenguaje, permitió establecer vínculos a partir de la escucha de experiencias de los sujetos con quienes yo estaba interactuando y considerar mi rol mismo en medio de la investigación, las posibilidades de empatía y de diálogo entre tales experiencias. Así, ponía en relieve la misma interpelación a la investigadora, a partir de una devolución de las preguntas que yo misma había dibujado para estos escenarios. Comprenderse como otra inmigrante más en medio de un océano de experiencias y procesos en las calles de Bogotá, ha implicado un intercambio de experiencias en el que investigadores asumen la responsabilidad de narrar.

Ricoeur explica el vínculo entre teoría narrativa y teoría ética recurriendo al concepto de identidad narrativa entendida como dar cuenta de sí a partir del relato. Así pues, narrar no significa dar cuenta de las acciones particulares, sino relatar aquello que nos hace identificables, es decir aquello que muestra cómo nos comportarnos de manera que el otro puede contar conmigo, con él o con ella. En palabras de Ricoeur, si alguien cuenta conmigo, soy responsable de mis actos ante otro, de ahí que el término de responsabilidad reúna dos significados: «contar con» y «ser responsable de». (Quintero, 2014, p. 70)

A partir de lo identificable, la experiencia migrante, en sus expresiones diferenciadas, me ha permitido establecer vínculos y poder narrar experiencias distintas a la mía, pero inmersas en una misma espacialidad, temporalidad y marcadas por el evento de la pandemia del covid-19. La narrativa se relaciona así a un

valor político y moral y ha sido fundamental como método de comprensión ante el colapso de sistemas y las crisis.

La investigación narrativa se ha centrado en interpretar y comprender, tiene el potencial según Quintero (2014), de construir y reconstruir la experiencia humana, vinculando la experiencia individual a su contexto social y cultural (Denzin, 1989). No queda reducida a una técnica para obtener información, su carácter es interactivo, permitiendo compartir los significados interpretativos. Las posibilidades de narrar las tragedias profundizadas y acumuladas con la llegada de la pandemia del coronavirus, así como la precariedad, hace surgir nuevas formas de solidaridad y nuevas demandas por escucha en medio del distanciamiento social.

Si bien, estos teóricos plantean el uso narrativo como forma de discurso y como performativa social, Bruner (2003), aunque no la asume como un tipo de investigación, propone y resuelve el siguiente interrogante ¿por qué la narrativa? Sus respuestas, guardan relación con lo que he señalado como usos de la investigación narrativa. En primer lugar, destaca, entre otros aspectos, su uso político. Indica que una cultura debe hacer uso de los recursos de la narrativa para denunciar las desigualdades y los desequilibrios. Seguidamente tenemos que con el uso de las narrativas no sólo cambia el mundo social, sino el *Yo*. Este *Yo* se configura de un repertorio de historias del pasado, de nuestra capacidad de subjuntivizar que no es otra cosa que imaginar mundos posibles, pero también del mundo con los otros. Finalmente señala el autor, que lo que más interesa en esta pregunta es contar con una narración en común. (Quintero, 2014, p. 131)

Así, mi opción por reconstruir la propuesta alrededor de la investigación narrativa no era un intento por captar todas las dimensiones de la experiencia humana entre aquellas y aquellos que emigraron a partir de la crisis humanitaria en Venezuela. Pero fue la alternativa que me ha permitido captar las dimensiones éticas y políticas de la inmigración venezolana en

Bogotá y, sobre todo, los matices de la precariedad ante la pandemia del covid-19, la configuración de la relación entre la pandemia y las expresiones de la necropolítica. Matices viabilizados como lo propone Ricoeur (2006) por medio del lenguaje, como una manera privilegiada de acceder a la experiencia humana.

Narrando el diario de campo: limitaciones y alternativas para la investigación sobre la precariedad en tiempos pandémicos

La narrativa me ha permitido replantear los caminos de mi investigación y establecer, a partir del diálogo, opciones metodológicas viables para su desarrollo. Hasta el momento, las opciones que desde las instituciones circulaban seguían respondiendo a los plazos y fechas que nos impone el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt), para mi caso y de muchos otros estudiantes en México. No se han modificado con la llegada de la pandemia por el covid-19, como si ésta no hubiera generado impactos profundos en el desarrollo de las investigaciones en ciencias humanas y en la calidad del aprendizaje en todo sistema de educación. Las respuestas consonaban en la educación a distancia, metodologías virtuales y todo lo que pudiera aparentar un seguimiento normalizado, aunque solo posible por medio de la virtualidad, de los procesos educativos que ya estaban en curso cuando empezó la contingencia sanitaria.

Como he mencionado anteriormente, la propuesta de investigación que se gestaba en diciembre del 2020 y que tenía como sujetos a los inmigrantes venezolanos en el comercio ambulante, se hizo inviable ante las medidas adoptadas en la ciudad de Bogotá. Aunque éstas se fueron flexibilizando a lo largo del primer semestre del 2021, aún no se puede hablar de la normalización del comercio ambulante. Pero en el paisaje urbano, las agrupaciones de repartidores seguían

multiplicándose. Fue necesario el replanteo de los sujetos de mi investigación hacia los repartidores, analizando las configuraciones de la precariedad en su labor asociadas a la pandemia por el covid-19.

Por cuestiones laborales las y los repartidores se mantienen conectados a internet por medio de sus celulares durante muchas horas al día. Esto implica pensar desde la precariedad laboral en una extensión de horas de jornadas legales (estipuladas en 8 horas al día), con un costo que queda a cargo de los trabajadores, debiendo mantener sus planes de datos por ser la principal herramienta de trabajo, los celulares y una priorización del tiempo en línea para las actividades laborales.

Desde la precariedad laboral que viven los repartidores, y considerando la disponibilidad de su tiempo en línea, no sobran horas para una entrevista virtual a una desconocida (en un primer momento), que empezaba a caminar por allí con alguna frecuencia. Su tiempo en línea era mayoritariamente destinado al trabajo, las otras horas en línea quedaban para comunicarse con sus familiares y amigos que habían permanecido en Venezuela o emigrado a otras ciudades, diferentes de Bogotá. El manejo de su tiempo en línea se configuraba como una limitación inmediata para el desarrollo de una investigación en el ámbito virtual.

He optado por aprovechar sus espacios y tiempos de espera, el tiempo ‘muerto’ de trabajo, recurrentemente se daban espacios abiertos. Evalué el riesgo de exposición al covid-19 al observar que la gran mayoría hacía un buen uso de su cubrebocas y empecé en el mes de febrero de 2021 a acercarme a estos grupos. Me presentaba por mi nombre, comentaba que era brasileña, estudiante de un doctorado en Tijuana, México, y que la temática principal de mi investigación era sobre la inmigración venezolana, las condiciones laborales de las y los repartidores en la ciudad. Casi siempre

estaba acompañada de un amigo peruano que me ha apoyado durante todo el proceso de la investigación de campo, éramos un equipo de investigadores inmigrantes en Bogotá.

El frío y la lluvia en la ciudad eran factores que casi siempre aparecían en nuestras conversaciones con los repartidores venezolanos, mi amigo también se quejaba del clima. Pero el invierno en Tijuana es más intenso, el clima en Bogotá y en las ciudades andinas varía a lo largo del día, me parecen más agradables que las largas estaciones bien demarcadas. Muy pocos repartidores que observamos y hemos entrevistado tenían capas de lluvia o impermeables, como se conoce comúnmente. Una única vez he visto a un repartidor en moto que llevaba una capa de lluvia color rosado neón con el estampado de la marca Rappi en la espalda, pasaba por la carrera 30, cercana a la estación del Transmilenio de la avenida Chile. Como los demás accesorios de Rappi, los impermeables están disponibles en la tienda virtual de la empresa.

Me parece importante anotar que la observación de estos locales, en donde se reunían varios grupos de repartidores, desde un primer momento fueron mapeados por la disponibilidad de *wi-fi* gratuito en la ciudad de Bogotá, son zonas relativamente céntricas y que cuentan con mucha variedad de restaurantes y comercio en sus alrededores. Fue un buen punto de partida y que ya inmersa en el trabajo de campo casi siempre me llevaba a otras ubicaciones cercanas en donde encontraba más repartidores venezolanos. Mis entrevistas iban ganando más ubicaciones y sujetos, lo que con el avance de la flexibilización de las medidas fue posible a partir de marzo del 2021.

Para el mes de marzo todavía se mantenían las medidas de restricción de movilidad como el pico y cédula y el toque de queda nocturno. La alternativa en ese momento era salir a entrevistar durante el día; nos sentába-

mos con los grupos e íbamos entrevistando a los que colaboraban con nosotros; permanecíamos un buen tiempo allí. Pasábamos caminando con alguna frecuencia por estos lugares, así no se olvidarían de nosotros y de alguna manera manteníamos la cercanía que fue creada a partir de la entrevista. A partir de la observación fue posible mapear sus rutinas en distintos días de la semana, los horarios en que los tiempos de espera eran más largos, para percibir que durante el día casi nunca ocurrían abordajes policiales, lo que me permitió desarrollar casi todas las entrevistas sin abordajes.

Los meses de enero y febrero del 2021 fueron de observación y acercamiento, lo que me hizo transformar un cuestionario para entrevistas a profundidad de casi 2 horas (elaborado para un escenario virtual) en una versión más corta, pensada para una realización en persona y en la calle. El cuestionario ha sido enfocado en las propias percepciones de las y los repartidores acerca de su condición laboral vinculada al proceso migratorio.

Fueron meses dedicados a replantear no solo el nuevo cuestionario para el nuevo escenario, sino también para equiparnos con suficiente material de protección personal para el coronavirus: cubrebocas y alcohol que pudiéramos distribuir entre los grupos de entrevistados, gastos en equipamientos de protección personal —para éstos, hasta el momento, no se dispone de fondos específicos en la gran mayoría de instituciones educativas de América Latina—; así como evaluar los riesgos y trabajar nuestra propia sensación de inseguridad al exponernos a la interacción humana después de un año de encierro. Muchas fueron las veces que, frente a un estornudo cualquiera, nos quedábamos asustados pensando en las posibilidades de contagio en los momentos que habíamos salido.

Reflexionar acerca de los contextos en que se dieron las entrevistas y sus riesgos ante

la pandemia, también ha revelado diversas características de la precariedad. Aguardar en la calle por la demanda de trabajo significa no acceder a una de las prácticas de cuidado y contención del coronavirus como lavarse las manos. Butler (2020) puntualiza que los protocolos de bioseguridad no son medidas accesibles para todos. Nuestra única alternativa era siempre disponer y ofrecer alcohol para las manos, asegurarnos de utilizar de manera correcta el cubrebocas, ofrecerles cubrebocas NK-95 y pedir que lo utilicen durante toda la entrevista. Y aunque empresas como Rappi hayan construido pocos puntos de descanso y carga de celulares en la ciudad de Bogotá, éstos son insuficientes y a veces lejanos a los locales en donde se ubican estratégicamente las agrupaciones de repartidores. Allí se sitúan por la cercanía a lugares de donde retiran sus pedidos y por la posibilidad de utilizar otras redes de internet que ahorren sus datos.

Estar en medio de la calle esperando, muchas veces por horas, implica sentarse en el piso, no tener acceso fácil a servicios de baños, no tener agua disponible. Sucede lo mismo cuando estás ubicado en alguna de las muchas zonas verdes que tiene Bogotá. Largas horas de espera en estos puntos significa estar directamente expuesto a la variación diaria del clima. Las lluvias de casi todos los días terminaban poniendo a todos de manera aglomerada a buscar algún resguardo cercano junto a los edificios comerciales y residenciales, un lugar para abrigarse. Las miradas de los que vivían y frecuentaban los edificios cercanos al centro comercial Galerías, por la calle 53, no eran muy amigables y a veces susurraban frases en contra a los inmigrantes. En repetidas veces se escucha «estos venecos».

Los relatos de xenofobia fueron muchos en la conversación, tanto con los sujetos de la investigación como con las demás personas de nacionalidad venezolana con quienes hablabamos en la ciudad. Mientras estaba en Tijua-

na, planeando el desarrollo de las entrevistas, sentía en un primer momento cierto miedo de un posible rechazo al acercamiento de dos o a veces tres personas extranjeras de distintas nacionalidades y acentos. Por otro lado, me marcaron las conversaciones con una amiga de la frontera colombo-venezolana, quien me comentaba que las personas de Venezuela eran «gente amigüera».

Apenas dos personas no quisieron participar en las entrevistas. En todo el proceso de realización de las entrevistas se sentía una necesidad de escucha. El cotidiano de la investigación, el ejercicio de narrar su trayectoria migratoria, en el trabajo y sus percepciones sobre la pandemia; todo era concretamente un construir y reconstruir de la experiencia humana, de imaginar posibilidades como lo articula Quintero (2014).

La reactivación del comercio presencial empezó a partir del 25 de abril, y las medidas del toque de queda y pico y cédula fueron finalizadas para el 4 y 9 de mayo. Mientras la vacunación avanzaba a un ritmo lento y bajo mucha incertidumbre acerca de la disponibilidad de dosis. Las entrevistas se realizaron de marzo a junio del 2021, en medio de las calles con aquéllas y aquéllos que voluntariamente decidieron colaborar con mi proyecto de investigación. Tal proceso se concentraba en las tardes de los primeros días útiles de la semana, el lunes era sin duda el día que menos pedidos tenían entre los distintos puntos de espera de las y los repartidores por la ciudad de Bogotá. Mantuvimos diversas estrategias para sostener un diálogo que mantuviera la sana distancia, que involucrara el menor nivel de riesgo y fuera de constante presencia entre los repartidores venezolanos en Bogotá, a lo largo de estos meses.

En Colombia, las primeras vacunas para el nuevo coronavirus llegaron el día 17 de febrero del 2021, todavía en medio de mi observación para el trabajo de campo. Con

el avance de la vacunación empezaron las discusiones entre autoridades del gobierno, medios de comunicación y sociedad civil sobre la vacunación a la población migrante. Butler (2020) recupera de Arendt la idea de que la existencia de derechos sea inherente a los seres humanos, aunque no tengan patria o nacionalidad. Tales derechos son un mecanismo fundamental para superar la precariedad de la vida. Las encuestas en los medios de comunicación, páginas en línea, cuestionando si los inmigrantes deberían ser vacunados, me remitieron a lo que Butler ha analizado como una dispensabilidad de la vida de los trabajadores en función de la «salud» económica y a la contradicción de dejarlos expuestos en la calle permitiendo que el comercio siguiera en funcionamiento. Pero no se tomaba en cuenta la necesidad de priorizar la inmunización de estos grupos humanos no ubicados entre los de riesgo frente al covid-19.

Mientras sean útiles para mantener el comercio activo ante la pandemia, hay una permisividad para que estén en las calles, una aceptabilidad del trabajo inmigrante en sus expresiones más precarias. El riesgo de contagio o de fallecimiento instauran los cálculos de un número de muertes manejado como aceptable dentro de los parámetros de impacto del nuevo coronavirus. Así, establecen la idea de muertes que se encuentran en el perímetro de lo aceptable, lo calculable y hasta esperado ante el avance de la pandemia. Éstos se contraponen a las pérdidas insustituibles, incalculables y vinculan, como lo expone Butler (2020), la relación entre la violencia de la necropolítica y la inequidad social ante la pandemia.

Esta relación entre vidas dispensables ante el riesgo de contagio, muerte por el coronavirus y la manutención de una vida económica «saludable», revelan la vinculación entre políticas de violencia y muerte (como el exterminio de poblaciones no deseadas, violencia policial, entre otras) y la violencia

política ejercida por medio de sistemas de salud dibujados para dejar morir (negligencia, corrupción, incapacidad de atención e insuficiencia de equipos médicos) (Butler, 2020). El abandono de los sistemas públicos de salud y sus innumerables carencias, se convierten con más nitidez en medio a la pandemia del covid-19 en políticas de muerte. Expusieron problemas raciales, migratorios y sociales que resultaron ser cuestiones de vida o muerte y que representan la diversificación de la violencia hacia la vida humana.

Esta vinculación entre necropolíticas explícitas, como la violencia policial y el exterminio y la violencia ejercida por medio del abandono y el desguace de los sistemas de salud, pudo ser visualizada en el contexto colombiano de las marchas del Paro Nacional, efectuadas desde el 28 de abril del 2021. Ante la propuesta de una reforma tributaria que buscaba «cubrir» los gastos causados por la pandemia, las movilizaciones sociales se tomaron las calles de varias ciudades colombianas y se mantuvieron en ellas aun después del derrumbe del proyecto de reforma tributaria, expresando el descontento social con los rumbos de la política nacional referente a los derechos básicos y el manejo de la pandemia. La represión policial tuvo una repercusión internacional, el número de muertos, mutilaciones del globo ocular, civiles armados disparando en contra de manifestantes con el apoyo de las fuerzas policíacas, abusos y varias otras violaciones a los derechos humanos crecían. Mientras algunas organizaciones de derechos humanos buscaban actuar levantando datos y promoviendo apoyo a los manifestantes, los grandes medios de comunicación colombianos mantenían el silencio o una postura contraria a las marchas, nombrando a los manifestantes como vándalos y terroristas.

El impacto de la crisis pandémica hizo que la gente que vivenciaba la precariedad de la vida, saliera a las calles del país, aun

con el riesgo de contagio por el covid-19, demandando cambios en la realidad social de la mayoría de la población, que ya sentía los efectos de tal crisis en nuevas expresiones de precariedad y vulnerabilidad. Mis entrevistas fueron suspendidas por algunas semanas, pero el Paro Nacional no ha configurado una limitante para el desarrollo de la investigación. En algunas marchas se podía observar que los manifestantes daban paso a los repartidores, permitiendo así que siguieran su jornada laboral. La experiencia de la precariedad abre espacio para nuevas solidaridades, en donde la vulnerabilidad asociada a los problemas de carácter racial y social son vistos como problemas de las condiciones y posibilidades de vida.

La crisis pandémica ha profundizado la desigualdad socioeconómica en la gran mayoría de los países de América latina, la desesperación ante al hambre y la falta de ingresos es resultado de la expansión del desempleo que se configuraba en el cotidiano de la investigación en escenas diarias en las que se escuchaba en distintos barrios y al transitar por las zonas céntricas de Bogotá, gritos que pedían: «Madre y padre, por favor, ayúdenos con algo de comer», usualmente seguido de un relato migratorio, acerca de la situación de crisis humanitaria y la escasez en Venezuela. Otra expresión de esta profundización de la desigualdad y vulnerabilidad ante la pandemia se observaba en el paisaje urbano con trapos rojos sobre las ventanas, simbolizando un pedido de ayuda por comida.

Butler (2020) afirma que en las expresiones de extrema desigualdad social se observa de manera explícita el ejercicio del poder en las condiciones de vida o muerte. El hecho de que la actual pandemia haya expuesto una vulnerabilidad global, en la que casi todos nos sentíamos vulnerables ante la posibilidad del contagio, es lo que configura un nuevo sentido de colectividad en el que «todos» so-

mos vulnerables al contagio por cualquier infección viral. Los altos niveles de letalidad se concentraron en las poblaciones pobres y discriminadas (en sus múltiples expresiones: racial, de género, de país de origen), las cuales cuentan con un histórico de abandono estatal, una mayor posibilidad de muerte entre aquellas y aquéllos que nunca tuvieron un acceso adecuado a la atención en salud. Así, las condiciones de vida están directamente vinculadas al riesgo de muerte por el covid-19. Son criterios que pueden objetivamente ubicar a las y los repartidores, inmigrantes venezolanos y colombianos, y demás trabajadoras y trabajadores que permanecen en las calles de la ciudad de Bogotá como un grupo de riesgo, que debería ser priorizado en la campaña de vacunación del covid-19.

En una única ocasión en que estaba planeada la realización de entrevistas, éstas no ocurrieron debido a un abordaje policial entre los repartidores. Además, así como suele pasar con algunos sujetos de la investigación, yo temía por mi situación migratoria irregular. La pandemia, además de haber expandido la modalidad de trabajo virtual a lo largo de varios meses, ha expuesto la dificultad de las instituciones públicas para responder a las demandas por medio del *homeoffice*, sobre todo con relación a los servicios migratorios. En medio de la demora de las respuestas institucionales, resultado del acumulo de funciones entre los servidores del Estado, me quedé en situación migratoria irregular, mientras aguardaba la respuesta de un pedido de visa Mercosur en Colombia. Tal situación que venía de una sobreestadía, una de las principales razones de la irregularidad migratoria en Sudamérica, tampoco impidió la realización de las entrevistas.

En apenas una ocasión, en el mes de junio de 2021, presencié el mencionado abordaje policial, con todos los repartidores, en una de las ubicaciones del centro de Bogotá.

Pedían documentos y se llevaron un grupo de personas con sus bicicletas, alejándose del punto en dónde se hizo inicialmente el abordaje. Las entrevistas fueron finalizadas en el mes de julio de 2021, sin más problemas con las autoridades policíacas. He establecido diálogos con muchos grupos de inmigrantes y repartidores, con cierta confianza necesaria para este tipo de investigación. En medio de sus largas horas de trabajo, las y los entrevistados compartieron experiencias sobre la exposición a la violencia policial y otros desafíos integrados al conjunto de informaciones, datos y análisis presentados posteriormente (2022) en mi tesis doctoral.

Conclusiones

En medio de la crisis pandémica, las alternativas para el desarrollo de la investigación se hicieron escasas, viabilizarlas ha demandado creatividad y una evaluación meticulosa de los riesgos implicados. La narrativa ha sido un recurso central para la construcción del relato en tiempos de crisis, así como en la reflexión sobre la experiencia humana frente al temor de los contagios.

La investigación narrativa fue la elección metodológica que ha permitido replantear la investigación sobre los repartidores venezolanos en la ciudad de Bogotá y la precariedad asociada a la pandemia del covid-19 como un contexto de crisis. La escucha y registro en el diario de campo para la construcción de una narrativa, transformaron el guion y escenario de desarrollo de las entrevistas, planteadas inicialmente para el medio virtual, como indicaban las instituciones desde México. Es más difícil obtener información cuando investigamos poblaciones migrantes con distintos accesos a internet o, como en el caso de los repartidores, su tiempo en línea se da en función de su jornada laboral. Así también, cuando se registran cambios en las dinámicas

urbanas operadas por las políticas de contingencia sanitaria por el covid-19.

Por fin, seguimos viviendo oleadas de contagios por el virus en la región sudamericana, las incertidumbres con relación al fin de las medidas de contingencia permanecen, así como los impactos económicos y sociales. Las experiencias vividas, las expresiones de la violencia y de la precariedad asociadas a la pandemia empezaron antes de los meses

de febrero a junio del 2021, donde enmarco el trabajo de campo en la ciudad de Bogotá, y muy probablemente seguirán profundizándose en el contexto posterior al fin oficial de las medidas de contingencia sanitaria. En estos distintos contextos, proponer alternativas metodológicas se convierte en un ejercicio necesario para viabilizar la investigación y lograr dar cuenta de los retos involucrados en momentos de excepcionalidad.

Referencias

- Antunes, R. (2018). *O privilégio da servidão: o novo proletariado de serviços na era digital*. Boitempo Editorial.
- Butler, J. (2009). Performatividad, precariedad y políticas sexuales. *Revista de Antropología Iberoamericana*, (3).
- Butler, J. (2020). *The force of nonviolence*. Editorial Verso.
- De la Garza, E. (2016). *Los estudios laborales en América Latina: orígenes, desarrollo y perspectivas*. Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa.
- Denzin, N. (1989). *Interpretive biography*. Sage Publications.
- Fiquitiva Martínez, C. (2019). *Caracterización del mercado laboral en las economías colaborativas en Bogotá*.
- Gandini, L., Lozano A. F. y Prieto, V. (2019). *Crisis y migración de población venezolana. Entre la desprotección y la seguridad jurídica en Latinoamérica*. SUDIMER, UNAM.
- Gilles Lipovetsky and Jean Serroy. (2015). *Aestheticization the world. Living in the era of artistic capitalism*. Editorial Anagrama.
- Mora Salas, M. (2012). La medición de la precariedad laboral: problemas metodológicos y alternativas de solución. *Revista Trabajo*, (9), enero-junio.
- Piñeiro, D. E. (2011). Precariedad objetiva y subjetiva en el trabajo rural: nuevas evidencias. *Revista de Ciencias Sociales*, 24(28), 11-33.
- Quintero Mejía, M. (2014). *Usos de la narrativa. Fragilidad y contingencia en la vida ciudadana*. Universidad Francisco José de Caldas.